

CLUB DEL MISTERIO

JOHN ROEBURT



¿USTED MATO
A MONA LEEDS?

50

Algunos individuos coleccionan mujeres, del mismo modo que los cazadores, trofeos. Sólo que a veces hay que pagar caro este deporte: cuando ya no se puede distinguir entre Mary y Jane. Eso le ocurrió a Harry Jonás cuando se encontró con Paula en la viciada atmósfera de la taberna Chino, a la que nadie llegaba por casualidad, lugar desde el cual se saltaba a las profundidades finales de la más negra degradación. Así comenzó, de manera al parecer inocente, la turbia aventura en que Harry Jonás se vio envuelto; una historia en la que se mezclaban matones, viudas maduras y sentimentales, sesiones de psicoanálisis y la sombra macabra de Mona Leeds, modelo de fotógrafos y artista de *burlesque*, asesinada –según se decía– con un pesado candelabro de bronce. El final de esta historia fue tan sorprendente para Harry Jonás como lo será, sin duda, para el lector.

Orden de aparición *de los personajes*

Harry Jonás: Editorialista de *Nueva Era*. Algunos individuos coleccionan mujeres como trofeos... Dipsomanía y psicoanálisis.

Paula Adano: Estaba empeñada en demostrar la inocencia de su hermano; pero necesitaba liberarse de ciertas inhibiciones.

Frank Adano: Su pasión lo llevó a robar en el banco en que estaba empleado. ¿Mató a Mona Leeds?

Jacenty: Un portero bastante sospechoso. Dedicaba sus ocios al sótano, en el que había montado una galería de fotografías muy especial.

Guido del Robbia: Marihuana, sexo, caballos y apuestas. Un imperio de un billón de dólares que necesitaba un sargento como cabeza de turco.

Milo Novak: El decano de los cronistas policiales. El gran robo del Manuscrito había dado por tierra con todos sus ideales.

Hugo Fabian: Pedicuro. Separado de su esposa. Pertenecía al grupo de los amigos que pagaban.

Ernesto Knox: Grandes Tiendas Knox. Ropas para damas. «Para mí era una rubia más».

Lew Medalie: Conocido modista de una cadena de televisión. Había mantenido una singular relación con Mona Leeds.

Martin Laverty: Benefactor de la humanidad. Hay que evitar el escándalo a cualquier precio.

1

Algunos individuos coleccionan mujeres como trofeos, igual que los cazadores. Lindo, muy lindo; sólo que a veces hay que pagar caro por eso: cuando ya no se puede distinguir entre Mary y Jane. Cuando no se puede gustar el durazno por la pelusa.

Eso me ocurrió cuando me encontré con Paula. No hubo conmoción física; las mujeres eran un concepto, un concepto frío. Había conocido demasiadas mujeres.

Pero Paula tenía un lugar en mi futuro: habríamos de convivir. Sí, el destino es un plan gigantesco y nosotros somos títeres en el espectáculo.

Un espectáculo enorme, en verdad: el crimen.

Todo empezó en Chino, allá en el bajo, donde Chatham Square cruza el Bowery. Chino era una taberna singular: tostadas con queso fundido y cerveza en vasos altos. Cristales biselados y mecheros de gas, de cobre y salivaderas que brillaban como el oro. La única concesión a los tiempos modernos era la caja registradora con guarniciones cromadas.

Chino era un manantial para escritores y periodistas. Un puerto acogedor para los dipsómanos. Amnesia embotellada..., ningún cliente de Chino bebía sólo para pasar el rato.

Paula era recién llegada a Chino. Una cara nueva que huía de las calles. Pintarrajeada como alguien que anda

parrandeando, una triste promesa en la seda que envolvía sus piernas, una falda que apenas las cubría hasta poco más abajo de las rodillas. Una blusa de *jersey* y un corpiño tan armado que parecía una cota. Estaba sentada en un taburete, en un rincón tranquilo del bar. Sola consigo misma, haciendo dibujos en el mostrador con la humedad de su vaso. Pedía un trago tras otro y Chino sacaba aceitunas de un frasco cada quince minutos. Bebía *gin* pero no tenía mayor experiencia. Su rostro lo decía todo, porque bebía haciendo muecas como un chico al que no le gustan los remedios.

Al rato perdí el interés por ella. Era alguien a quien jamás podría besar. El aliento de *gin* en boca de mujer me provocaba náuseas. Antes, alguna vez en mi vida..., una mujer que olía a *gin*... ¿Quién, cuándo? No podía recordarlo. Recordaba la náusea, pero había olvidado a la mujer.

Descarté la posibilidad de cortejarla y al poco rato me hallaba demasiado ciego para verla.

Regresó una noche cualquiera. Sus labios pintados de color fucsia. Esta vez, como la primera, estaba fajada en un vestido en el que parecían reventar las promesas. Charlaban con Chino como los clientes de todos los días. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la primera noche? Quién sabe... Yo había ahogado el tiempo en una botella verde.

Pero esta vez sus ojos repararon en mí. Y su actitud se cargó de intención. No era alegría, sino deseo nervioso por sentirla.

Al mirarla con más detenimiento vi que la invitación al placer había desaparecido. Sus ojos despiertos brillaban inesperadamente como si trataran de explorar en lo más hondo de uno, hundiéndose como instrumentos de cirugía. Sin duda, era una mujer que había crecido entre hermanos varones, de ésas que lo saben todo sobre los hombres, de ésas que los entienden en sus locuras, en sus aversiones.

De alguna forma trabamos relación, porque eso ocurre tarde o temprano en Chino. Éramos una gran familia, incestuosa como el mismo diablo. Una gran familia de desconocidos.

Nos sentamos a charlar, muslo contra muslo, su busto apoyándose en mi codo cuando se inclinaba para decirme algo. Palabras de club nocturno, carentes de rima, de sentido. Agradables por la sensación que producían como emplasto para el dolor.

Más tarde, cerrado ya Chino, juntos por las calles, íbamos tomados del brazo y, de pronto, la perdí. No puedo recordar qué nos ocurrió para que nos separásemos; sólo puedo evocar a Paula a la luz de la luna, esfumándose.

Y recuerdo cómo deseaba dormir un rato.

2

Cuando desperté la vi.

Estaba en el extremo de la habitación, como la primera noche.

Pero esta vez era mi habitación; el rincón familiar, la reja del hogar, aquel Dante de bronce, sobre el mantel.

Paula me sirvió café:

–¿Puedes? –me preguntó.

Traté de incorporarme apoyando los codos sobre el lecho, pero caí hacia atrás y me quedé mirándola. Su mirada era dura, demasiado severa para mi necesidad de comprensión en ese momento. Al pestañear logré sustituir su rostro por el de mi madre, que me sonreía envuelta en la magia curativa del sol.

El golpe del pocillo en el plato hizo regresar a Paula. Alejé la tacita de café.

–Cierra los visillos –le dije.

–Pero..., ya es de día.

–Vamos.

Fue hacia los visillos.

–Benzedrina –pedí–; mira en el escritorio, en el cajón superior.

Al rato pude sentarme para oír lo que Paula me estaba contando.

–Te caíste en la calle y te golpeaste la cabeza. Un conductor de taxi me ayudó y pudimos llevarte al Policlínico de Emergencia.

Oía sin atender. Algo le había pasado a un tipo cualquiera. Paula me estaba, molestando con un incidente que no me interesaba.

–Nos manchaste de sangre a los dos. Y eso me costó un vestido.

¿Un vestido? Miré para ver. Estaba en combinación, una tela transparente y fina: una mujer desnuda y cubierta con celofán. Me toqué la cabeza: la frente, la nuca. La cruzaba una tira adhesiva: yo era el protagonista de su historia, entonces. Me habían rapado un costado de la cabeza.

Apoyé los pies en el suelo y me senté.

–Tienes que regresar al Policlínico dentro de cuatro días –me indicó–; y si tu cabeza está curada, te quitarán los puntos.

Tomé el pocillo de café que sostenía:

–¿Y tú cómo estás conmigo? –le pregunté.

–Eso mismo me pregunto yo.

–Desde el Chino hasta el Policlínico de Emergencia, vamos, me faltan esos datos.

Me miró con incredulidad:

–¿No lo sabes?

–Señora, ¿se lo estaría preguntando acaso...?

–Conocías la existencia de un Club para Borrachos que está abierto toda la noche. Tenías una tarjeta de asociado y una llave. ¿Sigo? –su mirada reflejaba un sentimiento de indignación–: ¡No tenía ni idea de dónde me había metido!

Traté de sonreír:

–No soy de los que se citan en los *saloons*.

–Hombre, pero cómo te comportaste... eres bastante peligroso. ¡Necesitas que alguien te cuide!

–¿Por qué, cómo me comporté?

–Como una bestia. Y deliras.

–¿A ver?

–Bueno, no sabría repetir tus palabras. Dices discursos, murmuras. Es inglés, pero por momentos deja de serlo.

Son balbuceos. Es bastante molesto estar contigo. –Sus ojos me estaban contemplando con esa mirada fija, encantadora, que le era tan personal–. ¿Qué te está ocurriendo? –me preguntó.

Ignoré la pregunta y la miré. Esta vez era un escrutinio a la luz del día, lejos de la bruma del *Saloon*. Tenía cabellos oscuros, cortos, severos y un mechón rubio sobre la frente. Y no era tan corpulenta como la imaginara anteriormente: tenía un buen busto, eso sí, pero su cintura era fina y sus muslos altos. Veinticinco años, tal vez, año más, año menos.

–Ahora me toca a mí –le dije–: ¿Qué te está pasando a ti?

Se encogió de hombros e insistí:

–Chino es el último lugar. Desde allí se salta a las profundidades finales. Nadie llega por casualidad al Chino.

Otra vez se encogió de hombros y no dijo una palabra.

–La carrera no da para más –dijo, un poco al azar–. Tienes talento, pero nadie quiere comprenderlo.

Pareció avejentarse. Su belleza desapareció en un instante, sus mejillas se hundieron, su rostro empalideció.

Intenté otra suposición:

–Problemas con tu marido o una cuestión amorosa sin salida, sin futuro. Lo que te está matando es que todos los hombres son unos impostores congénitos.

Negó con la cabeza y me empezó a mirar como si quisiera comprobar mi sinceridad:

–Mi hermano está metido en un lío tremendo –admitió, finalmente–, mi hermano gemelo.

Su afirmación simple, desnuda, hizo que su actitud pareciera exagerada. Sus ojos fijos, sus sienas palpitantes, su nariz respirando con profundidad. Una apariencia que se integraba con la posible motivación de los *martinis* bebidos en Chino. El descenso al Infierno... era como si, igual que yo, Paula estuviera subiendo, bajando, subiendo la escalinata.

–En estos momentos mi hermano está preso –afirmó con tono miserable.

¿Prisión? Consideré la palabra; al principio no me sentí impresionado por su valor. Era una palabra casi superflua. Violación de la ordenanza «Y»: escupió en la vereda; Ordenanza «Z»: usó chapitas en los molinetes del subterráneo. Molestia, incomodidad, un poco de humillación, bueno, ¿y qué?

La miré con un poco de escepticismo. Su pena me parecía exagerada para los motivos que trataba de comunicarme. Me sonaba a histrionismo, a teatro barato.

Entonces me concentré en la palabra que trataba de pronunciar, pero que se entorpecía con sus sollozos.

¿Asesinato trataba de decir?

Lo dije y ella asintió con la cabeza.

Hice rodar la palabra en mi cerebro. Ahora estaba impresionado, de pronto dejaba de estarlo... Asesinato... una palabra con la que se rellena la media hora de charla comercial cuando se anuncia Alka-Seltzer, la estupidez que ronda en las historietas. Y aun en su otro nivel, en su aspecto social... Como todos los días de la vida... ¡bah! un suceso menos importante que las hazañas del equipo de los «Brooklyn Dodgers».

Paula estaba más tranquila, su emoción no afloraba como antes, me miraba inquisitivamente, como perturbada por mi desconfianza.

Simulé una sonrisa de simpatía:

–Perdón por mis modales...

–No es nada. Lamento haberme comportado como una llorona.

Así nos quedamos durante un instante y luego, Paula trató de dar un contenido a la pausa forzosa:

–Debes estar enterado del caso. Apareció en todos los diarios: mi hermano es Frank Adano.

Hice un gesto negativo:

–Lo siento, pero hace varias semanas que no leo los diarios.

Sus cejas se arquearon al oír estas palabras y luego hizo un movimiento afirmativo con la cabeza como si hubiese comprendido mis razones: vacío, basta de fechas, el tiempo llevado a cero, no hay boletines diarios que informen sobre los pantalones impecables de Anthony Eden, que hablen del Crimen del Día.

Sonreí:

–Es una artimaña que inventé: una vez, de cuando en cuando, pierdo un mes. Dulce olvido... dejo que el mundo siga su marcha.

La miré mientras se entretenía con un montón de cosas que había en el piso: libros en fundas de cartón, cartas, circulares, revistas enrolladas y periódicos. Todo sin abrir, sin usar, sin leer.

–Realmente *dejas* que el mundo siga su camino –me dijo. Me lanzó un periódico sobre las piernas–. Ahí está todo, ahí dice lo que pasó con mi hermano Frank. Si quisieras leerlo...

Ojeé el diario en forma distraída, leyendo sólo los titulares de la primera página y la última. Hablaban de un crimen atroz, sexual, un verdadero conjunto de palabras que constituyen el maná de los departamentos de circulación.

Había una fotografía que abarcaba cinco columnas. Una muchacha, la asesinada: se llamaba Mona Leeds. Asesinada por un tal Frank Adano; por lo menos eso era lo que aseguraba. El texto de la acusación estaba recuadrado. Pero no había fotos de Adano. Su rostro había sido expulsado de la primera página por la formidable necesidad de espacio para imprimir el busto de la dama asesinada.

Estudí el rostro de Mona Leeds. Era una fotografía profesional, atribuida a Josef Schindeman. Un fotógrafo de fama, a quien hasta yo conocía. Pero era un retrato estático, muy bien retocado, demasiado formal en la pose,

en la rigidez, sin ese estilo que hace elevar la fotografía a la categoría de arte.

Destapé mi pluma fuente y comencé a retocar el rostro, a animarlo. Era una forma de divagar, era mi rechazo sutil a Paula, a su acercamiento molesto.

Un rato después exclamé:

–Si crees que *tienes* que hablar de eso...

–No, gracias –me respondió con sequedad.

Y Paula se arrimó para espiar mi trabajo.

Guardé la pluma y sonreí:

–También dibujo barbas en los carteles que hay en el subterráneo.

Paula me preguntó inesperadamente:

–¿*Conociste* a Mona Leeds?

Me atraganté por la sorpresa:

–Si yo... a ver, de nuevo.

–Si conociste a Mona Leeds.

–No.

Vi cómo Paula examinaba nuevamente el retrato con una atención tan ridícula que llegué a creer que estaba chiflada.

Explicué los cambios que había hecho:

–Los cabellos peinados hacia arriba, como una corona, corresponden más a ese rostro, de la otra forma resulta demasiado ingenua. Las cejas remarcadas con lápiz, un poco en forma de arcos. ¿Interesante, verdad? Luego unas sombras para hacer más profundos los ojos, luego unas manchitas en los óvalos para destacar los pómulos. Y así la mujer consigue un aspecto un tanto esotérico. ¿Estás de acuerdo con que ahora se parece a lo que debió ser?

Paula dijo:

–Agregaste un par de aros.

–Aros grandes. –Mi dedo siguió el contorno de la oreja –. No sé si mi mamarracho los muestra bien. Con filigrana, muy orientales. Creo que esta dama usa aros de este estilo.

Paula exclamó:

—¡Mona Leeds está muerta!

—Bueno, está bien, tienes razón —le repliqué sonriente—. ¿Y por qué tanto lío por mis dibujitos?

—Por la coincidencia... —dijo, con asombro, con miedo. Mientras yo trataba de descifrar sus palabras, Paula hurgueteó dentro de su cartera. Me alcanzó una fotografía, la miré: era una estampa cándida tomada al aire libre, un día de verano. Una muchacha al frente y un monumento a sus espaldas. Y *como la chica de mi dibujo*, sus cabellos estaban peinados en forma de corona, sus cejas marcadas con lápiz, según la curva que yo esbozara y llevaba en las orejas grandes aros con filigrana.

—Esa es Mona Leeds, peinada según su costumbre, llevando el maquillaje que le era habitual. Le tomé esta foto a mi hermano Frank.

—Tengo talento para maquillar un rostro según la personalidad, ¿no es eso? —confesé—, bueno, puedes llamarme el pobre Max Factor.

Pero mi humor no la conmovió. Cambié de tema con brusquedad:

—¿Qué hiciste mientras yo dormía?

—Me duché dos veces —trató de sonreír—. Tendrías que mandar tus toallas al lavadero de vez en cuando. También estuve leyendo... —tomó una revista que estaba en el extremo de una mesa— esta revista: *Nueva Era*.

—Una lectura muy aburrida, ¿no? —comenté.

Abrió la revista y llegó a cierta página:

—Me dediqué a leer este artículo: «La vergüenza de Puerto Rico», por Harry Jonás. Se refiere a la minoría de portorriqueños.

Mi sonrisa fue un tanto amarga:

—Lo escribí...

—Harry Jonás, editorialista —continuó—, estoy realmente asombrada.

—¿Por qué estás asombrada?

—Por lo grande que puede llegar a ser un hombre y por la pequeñez que puede alcanzar. Tu intuición, tu elocuencia, tu forma aguda de escribir. Y tu parloteo sin sentido de la noche pasada.

Fue entonces cuando la eché. Le puse un sobretodo encima de la combinación y la empujé hacia el *hall*.

Bruja criticona que empezaba a apuntar a un blanco... perra juguetona y apresurada. ¡Bah! Justo el tipo de mujer que más aborrecía, despreciaba. Y, además... había dado en el nervio, el dolor renacía.

Le cerré la puerta en la cara.

Pero en el baño quedaban un vestido ensangrentado y el olor a *gin* para seguir recordándola.

Y volvería a mi vida. Tenía algo que hacer con ella.